



SECTAS RELIGIOSAS DE LOS ESTADOS-UNIDOS.



UNQUE á primera vista parece que el carácter eminentemente positivista y práctico de la raza anglosajona, tal como lo han creado los acontecimientos históricos que sobre ella han influido, ó á los que como autora ha dado origen, no se aviene del todo con el espíritu marcadamente religioso que la distingue, puesto que, por regla general, cuando el hombre vive dedicado con preferencia á la vida de los negocios industriales, agrícolas ó mercantiles, desarrolla aptitudes que lo hacen, si no refractario, poco accesible á la admision de ideas que le obliguen á separarse, mucho ó poco, del círculo en que ordinariamente se mueve para remontarse á esferas donde el frio cálculo no encuentra aplicacion oportuna, donde el criterio no puede ejercitarse en el exámen de hechos tangibles y materiales, es, sin embargo, cierto que la historia de dicha raza y el estado presente de ella, patentizan que es posible consagrar una actividad incansable, una energía devoradora á la vida de los negocios, sin descuidar por eso el cultivo del espíritu hasta en

sus aspiraciones más sublimes y abstractas, hasta en sus aspiraciones religiosas.

Los Estados-Unidos son una prueba elocuente de esta verdad. Justificando el principio: «que el hombre no vive solamente de pan,» y obedeciendo al pensamiento que presidió á la creacion de las antiguas colonias, se jactan, y con justicia, de ser un pueblo eminentemente religioso, de ser un pueblo en quien las necesidades diarias y materiales de la vida física no han sofocado de ninguna manera esa tendencia irresistible en el hombre á satisfacer otras necesidades no ménos importantes, cuales son las de la vida intelectual y moral. Pero como en la fundacion de la poderosa república norte-americana han intervenido muchos pueblos y muchas razas, que tenían formado un muy diferente concepto de dichas necesidades y del modo de llenarlas, nada tiene de extraño que, si bien están todos conformes en que no pueden ser desatendidas, en que no se puede prescindir de ellas, no lo están en el modo de hacerlo. De aquí procede, en cuanto á las necesidades religiosas dice relacion, la diversidad de creencias que en aquel país advertimos.

Nos hemos propuesto hacer la enumeracion de las más principales, no la de todas, porque son tantas y tantas, y muchas de ellas están separadas entre sí por diferencias tan insignificantes, que la tarea, sobre interminable, seria enojosa. Con los ligeros apuntes que á continuacion insertamos, creemos que se puede adquirir una noticia suficiente para conocer lo que en los Estados-Unidos sucede respecto á la materia que sirve de base á este pequeño trabajo, y para deducir de ella algunas muy provechosas lecciones.

LOS ANGLICANOS.

La primera colonia fundada por los ingleses en Norte-América fué la de Virginia, reinando Isabel I, y en 1584. No debió su origen á la persecucion religiosa, como la mayor parte de los establecimientos que despues se levantaron en aquel país, sino al espíritu aventurero de los primeros pobla-

dores, los cuales eran *conformistas*; es decir, que estaban de acuerdo con la religion oficial ó anglicana de la metrópoli, y por lo tanto, nada debian temer por este concepto del Gobierno. Nacida esta secta, como es bien sabido, de la exasperacion que produjo en el déspota Enrique VIII la resistencia que á sus libidinosas pretensiones oponia la córte de Roma, conservó la antigua disciplina católica, la gerarquía eclesiástica y las formas litúrgicas, concretándose á romper el lazo de union que la relacionaba con el pontificado; y si bien en tiempo de Eduardo VI y de Isabel I quiso darse un cuerpo de doctrina dogmática en la profesion de fé declarada por el primero y reformada por la segunda, y en el Breviario (*common prayer Book*) que á tanta tiranía y á tantos atropellos dieron lugar contra los *no conformistas*, entre ellos los puritanos, que en más ó en ménos la rechazaban, ya es sabido que áun para los mismos anglicanos el cuerpo de dogma que les sirve de base para su creencia no representa la fé, sino meramente la union de los comprendidos en él.

La Iglesia anglicana habia adoptado al principio las opiniones del teólogo Tomás Erasto de Heidelberg. Segun éste, la Iglesia no es más que una creacion del Estado, y el poder religioso una secuela del civil; pero cuando los obispos de la secta advirtieron las tendencias extremadas de los puritanos, y particularmente su pretension á que los seglares fueran admitidos á ejercer el ministerio religioso sin ninguna investidura especial, se separaron de la opinion de Erasto y se pusieron á defender el origen divino del episcopado, como procedente de los apóstoles y trasmitida por Roma. Esto los colocó en una situacion muy difícil, porque si la Iglesia católica era la verdadera al tiempo de iniciarse la reforma, ¿cómo podian justificar su separacion de ella? Y si no lo era, ¿por qué se apoyaban en sus dogmas para defender el origen divino del episcopado? La lucha entre los anglicanos, propiamente dichos, y los que siguen la doctrina de Erasto, continúa en perjuicio de los primeros; porque, además de que la Iglesia anglicana no está considerada como exclusiva en Inglaterra desde el bill de emancipacion dado á favor de las religiones y sectas que se oponen á ella ó que se separan en algo de ella,

bill que la ha despojado de mucha fuerza é importancia, el movimiento emprendido por el doctor Pusey y sus continuadores, desde 1844, tiende nada ménos que á la restauracion completa de la antigua liturgia romana, y á restablecer en los templos protestantes el aparato y ostentacion del culto católico, como medio para preparar la union con el catolicismo en la esfera de los dogmas (1). Este movimiento vá ganando más terreno de cada dia. Las conversiones son de cada vez más numerosas, y no por cierto entre las clases ménos ilustradas: hace poco que Leon XIII ha expedido un decreto en el que se separa del conocimiento de la congregacion de *Propaganda fide* las relaciones de Roma con Inglaterra, y lo atribuye directamente al Pontífice, dando en ello una prueba más ó ménos positiva de que ya, en su concepto, la nacion inglesa no debe ser considerada como nacion á quien haya que convertir y con quien Roma sólo puede tener relaciones por medio de sus misioneros, sino como país en mucha parte convertido, donde hay establecida una organizacion, una gerarquía, segun la Iglesia católica, y con la cual el Pontífice puede entenderse á la manera que lo hace con otros pueblos no separados de la bandera del catolicismo.

En América no ha podido tener nunca la Iglesia anglicana el carácter exclusivista que tuvo en Inglaterra; entre otras causas, porque lo impidió el continuo desembarco de emigrados pertenecientes á otras sectas. Es la religion que cuenta con más adeptos entre las clases ilustradas de los Estados Unidos, pero como el espíritu democrático tiene tanta preponderancia en Norte-América, la Iglesia á quien nos referimos ha adoptado preferentemente las doctrinas de Erasto en cuanto se refiere á la gerarquía eclesiástica. La Iglesia anglicana sigue en general los principios calvinistas,* y decimos en general, porque sobre un punto muy importante, el de la predestina-

(1) El 19 de este mes de Marzo han publicado los periódicos un parte telegráfico de Lóndres concebido en los siguientes términos:

“Se asegura que están muy adelantadas las gestiones hechas para que gran número de personas que pertenecen á la secta llamada de los puseistas entre en el gremio de la iglesia católica.”

cion, se aparta de aquéllos, y cree con Arminio que las buenas obras son necesarias al hombre para salvarse; que este resultado no depende solamente de la divina gracia, como dijo Calvino. Además, rechaza diez y nueve de los treinta y nueve artículos que constituyen la fórmula de union de la Iglesia de Inglaterra, y admite el símbolo de los Apóstoles y el del Concilio de Nicea, como susceptibles de ser demostrados por medio de la Sagrada Escritura, si bien sustituyendo las palabras «descendió á los infiernos» con las de «descendió al mundo de los muertos.»

CATÓLICOS.

Reinando Carlos I en Inglaterra y por instigacion de su esposa María Enriqueta, algunos católicos, dirigidos por Jorge Calvert, primer lord de Baltimore y antiguo protestante, fundaron una colonia en el Maryland, á cuyo Estado se unieron más tarde las Floridas, civilizadas por los españoles, y la Luisiana por los franceses. Tampoco influyó para nada en dicho establecimiento la persecucion religiosa.

Pocos eran al principio los católicos en esta parte del Nuevo Mundo. Sin duda por esta causa y por la de no malquistarse excesivamente con los protestantes se constituyeron desde luego en defensores de la libertad y de la democracia, siendo los que más empeño han tenido desde entónces en sostener los principios de la igualdad y de la tolerancia y los que más han trabajado por la mútua independendencia de los poderes civil y eclesiástico. A pesar de que los Estados en que prevalecia el catolicismo eran Estados negreros, los católicos han tenido una parte muy importante en la emancipacion de dicha raza. Ellos y los anglicanos de la Virginia son el tipo del hombre culto de los Estados-Unidos, de los *virginianos* como se les llama, en oposicion al rudo *yankee* del Norte. Ellos son los que mantienen en medio de aquella vida tan activa y tan consagrada á los negocios las refinadas costumbres de la vieja Europa; los que por su aficion á los placeres del arte y del espíritu constituyen como una espe-

cie de aristocracia en aquel país tan amigo de la igualdad.

A los antiguos católicos ingleses, españoles y franceses, ha venido á unirse, desde, principios de este siglo, el elemento irlandés á quien la miseria ó la persecucion arrojan de su patria. A favor de él se va extendiendo prodigiosamente el catolicismo entre los Estados democráticos del Norte. Como que esta religion tenia que luchar enérgicamente contra el ódio que hácia ella sentian las sectas protestantes á causa de la saña con que las persiguiera en Europa, se reconcentró, allegó cuantas fuerzas le fué posible y al fin ha conseguido erigirse en Iglesia nacional.

De cada año aumenta el número de sus prosélitos, no sólo por los continuos refuerzos que recibe de Irlanda, sino por el apoyo que le prestan las misiones extranjeras, y señaladamente las de Francia y Alemania.

Si la estadística no lo demostrara así, bastaria fijarse en dos hechos muy importantes: la fundacion de la catedral católica de Nueva-York y el estudio recientemente publicado por el distinguido escritor inglés y protestante Mr. Froude, en la *American North Review*.

La catedral de Nueva-Yorck, cuyo coste sube á 80 millones de reales, ha sido levantada por medio de suscripciones recogidas en muy pocos años y en pequeñas cantidades de los católicos norte-americanos, y no de la gente rica é ilustrada, sino de la que forma en las últimas clases del pueblo. Por lo que respecta al trabajo de Mr. Froude, dice este escritor que el catolicismo empieza á ser un peligro para los Estados-Unidos; de tal manera, que como los irlandeses constituyen, en su concepto, una raza, por punto general, muy ignorante y muy fanática; que vive, en cuanto á los asuntos religiosos se refiere, separada por completo de las demás, y son los que más adeptos suministran á la religion católica, va á resultar con el tiempo que, dirigidos por su clero, al cual sirven ciegamente, y utilizando los derechos de que como ciudadanos disfrutan, entre ellos el de sufragio, llegarán á destruir la libre Constitucion americana, porque la existencia de ésta es incompatible con lo prescrito en el *Syllabus*, única norma de conducta para ellos é ideal á cuya realizacion aspiran.

PRESBITERIANOS.

El anglicanismo no fué verdaderamente una revolucion de principios.

Ya hemos indicado de qué nació. Conseguido su objeto de separar la Iglesia de Inglaterra de la dependencia del Pontificado, continuó observando la liturgia romana y sujetándose á la misma gerarquía eclesiástica. Una vez abierto este camino, aparecieron despues muchos innovadores. El anglicanismo tuvo protestantes como el catolicismo, los cuales llegaron de grado en grado á proscribir el culto de los santos, los símbolos, las ceremonias, el bautismo, el sacerdocio como clase especial y á establecer como única regla de conducta la interpretacion individual de la Biblia. Los disidentes más próximos al anglicanismo fueron los presbiterianos ó puritanos, quienes siguiendo las inspiraciones de Juan Knox, escocés, se declararon enemigos de las ceremonias del culto y de la gerarquía eclesiástica, rechazando la ordenacion canónica para los sacerdotes.

Los puritanos fueron muy perseguidos en Inglaterra durante el reinado de Isabel I, pero mucho más en el de Carlos I, quien aconsejado por su esposa María Enriqueta y el arzobispo Laud, obligaron á los disidentes á aceptar las ceremonias y la constitucion de la Iglesia católica, á cuyo restablecimiento se tendia, dando lugar con esto á que el pueblo inglés, puritano en gran parte, se viera privado de profesar su religion y de oír la voz de sus ministros.

Así las cosas y deseando algunos de los perseguidos conservar viva su fé sin exponerse á las iras de sus enemigos, se dirigieron al Norte de América y fundaron un Estado bajo el nombre de Nueva Inglaterra, en recuerdo de la madre patria. Esto sucedió en Mayo de 1629. Desde entónces, y á pesar de las grandes penalidades que experimentaron los primeros emigrados, fueron acudiendo otros, y de ellos muchos muy notables por su inteligencia y por su posicion social,

hasta el punto de que habiendo llegado á llamar la atención del Gobierno lo numeroso y repetido de las expediciones, expidió órdenes para que fuera detenida una que ya estaba preparada para salir: en ella iba Cromwell.

Los puritanos quisieron fundar una Iglesia más bien que un Estado.

Las cuestiones políticas, civiles y administrativas debían ser pospuestas á las religiosas. El derecho de ciudadanía no podía ser más que un resultado de la comunidad de creencias. Pero en esto procedieron dejándose llevar del mismo exclusivismo religioso que los había lanzado de la madre patria. Trabajaron para constituir una Iglesia ortodoxa, dentro de la cual no hubiera disidentes, y sucedió que como muchos de los emigrados llegados á América después del primer establecimiento de ellos no estaban conformes entre sí, pues para muchos sectarios el sacerdocio, como clase especial por su vocación y por sus estudios, no debía existir, puesto que el sacerdote no llegaba á serlo, ni por su saber ni por las ceremonias con que se le consagraba como á tal, sino por efecto de la divina gracia que podía recaer indiferentemente en cualquier hombre, sucedió, repetimos, que estallaron muy pronto las disensiones, haciéndose cabeza de ellas Roger William, gran teólogo, de mucho saber, de arrebatadora elocuencia, de agradables maneras y emigrado en 1631.

Defendiendo la doctrina niveladora que acabamos de indicar y sosteniendo que el que se separaba de ella se separaba de la letra de la Biblia, formó una Iglesia aparte de las presbiterianas de América é Inglaterra, y fué seguido por muchos sectarios. Viéndose objeto de una persecución encarnizada, huyó á establecerse en Rhode Island, país no hollado por la planta de ningún europeo, y allí levantó su Iglesia y la colonia llamada *Providencia*, fundando la primera sobre la base de la más amplia libertad religiosa, y haciendo de la segunda el refugio de los vencidos de todas las religiones.

La fuga de William no introdujo la paz entre los puritanos vencedores. Habiéndose entregado con ardor á los trabajos de colonización, descuidando bastante los religiosos, se apoderaron de ellos las mujeres, apoyándose en que podían

tratarlos tan bien y mejor que los hombres. Los asistentes á las iglesias presbiterianas estaban facultados para solicitar allí mismo, del orador, las aclaraciones que estimaran oportunas acerca de las pláticas que se pronunciaban. Las mujeres se aprovecharon de ella, y como por lo general los ministros presbiterianos eran de escasa inteligencia, ó de pocos estudios ó estaban desprevenidos, los acosaban á preguntas que ellos no podían contestar satisfactoriamente, produciendo así escenas muy ridículas y dando lugar á que las mujeres se engriesen. Mistress Hutchinson se puso á la cabeza de un gran número de correligionarias, y habiendo leído en San Pablo que las mujeres de edad podían instruir á las jóvenes, abrieron una academia semanal en Boston, á la cual acudieron muchas oyentes. Su sexo, tanto ó más que sus predicaciones, les grangeó prosélitos. En su doctrina procuraban separarse de la rigidez puritana y unir los placeres del mundo con los de la fé. Mistress Hutchinson y su discípulo y cuñado Wheelwright, tuvieron á lo último que huir de los puritanos intransigentes: la primera se acogió á *Providencia*, donde murió algunos años despues á manos de los indios.

Despues de los anteriores disidentes, aparecieron los *gortonianos*, de su jefe Gorton. Seguían el error de los *familistas*, hereges del siglo XVI, que preconizaban la existencia de una union misteriosa de Jesucristo en el seno de su Iglesia llamada *familia de amor*. Los *gortonianos* creían en una fatalidad inevitable, por cuyo motivo no se podían imputar al hombre las faltas en que incurriera. Tuvieron que refugiarse también en *Providencia*. Desde allí lanzaban sus condenaciones contra los antiguos puritanos, hasta que cansados éstos, enviaron fuerzas contra los *gortonianos*, los sometieron, y el jefe fué desterrado á Inglaterra en conmutacion de la pena de muerte que se le había impuesto.

En el presbiterianismo hay tres clases de funcionarios encargados del gobierno y de la enseñanza de los fieles: los pastores, los ancianos y los diáconos. Los pastores predicán y administran los sacramentos: los ancianos ayudan á los pastores en los trabajos de disciplina: los diáconos visitan á los pobres y á los enfermos. Las dos primeras clases de funcio-

narios constituyen el consistorio de una congregacion. El presbiterio es un conjunto de iglesias. Un conjunto de presbiterios forma el sínodo provincial y los diputados de los sínodos provinciales la asamblea general que se reúne anualmente en Filadelfia.

La fraccion más importante del presbiterianismo es la que acabamos de indicar: hay varias otras que están separadas de la anterior; unas porque creen que no hay necesidad de estudios previos para ejercer el ministerio religioso; otras porque creen que la enseñanza dogmática no debe ser dirigida por el cuerpo oficial de la Iglesia, sino por sociedades particulares, y otras porque no reconocen sínodos ni asambleas; las últimas están organizadas en presbiterios, si bien independientes unos de otros.

ANABAPTISTAS.

Hubo en los primitivos tiempos de la Iglesia una serie de hereges que profesaban la creencia de que el sacramento del bautismo debía ser administrado varias veces en la vida del hombre. De éstos se opina que proceden los anabaptistas, secta que, como es sabido, llegó á contar numerosos prosélitos en la Europa central durante el siglo XVI, siendo sus jefes más famosos y reconocidos Juan de Munster y Juan de Leyde cuyos excesos de todo género llenaron de luto y de sangre las comarcas donde aparecieron.

Los anabaptistas actuales están, por fortuna, muy léjos de seguir las huellas de sus antecesores: ni aún el nombre han querido tomar, pues se llaman sencillamente *bautistas*. Ya no creen como aquéllos que es necesario repetir el bautismo: se contentan con aguardar á que el individuo sea adulto para administrárselo, y en cuanto á sus costumbres, léjos de continuar en ellas el ejemplo de sus antecesores del siglo XVI, observan una conducta enteramente contraria; son además muy trabajadores, económicos y bondadosos, y su animadversion á todo género de violencia es tan grande, que hasta se tienen prohibido el uso de armas.

Aparecieron en América los primeros de estos sectarios cuando la lucha de los puritanos con los gortonianos; pero tuvieron que refugiarse en Rhode Island perseguidos por los puritanos. Alemania es la nación que más contingente proporciona á la secta. Los que la siguen profesan un calvinismo suavizado, y están conformes en que el bautismo no se debe administrar más que á los adultos, y en su oposicion á prestar ninguna clase de juramento, pero por lo demás se hallan profundamente divididos, distinguiéndose entre ellos siete clases principales de sectarios: los *particulares bautistas* que administran el sacramento del bautismo por aspersion; los *bautistas generales* que lo aplican por inmersion; los *mennonitas*, que no se niegan á prestar juramentos y á llevar armas; los de la *libre comunión* porque conceden la eucaristía á todo el que se presenta á recibirla, esté ó no bautizado; los *sabatarios*, que celebran el día del sábado en lugar del domingo; los llamados de los *seis principios* y los titulados *emancipadores*. Otra rama hay que llaman de los *cristianos*, secta más racionalista que religiosa, la cual no admite ningun dogma formulado, que se contenta con una sencilla adhesion á la creencia y que rechaza el dogma de la Trinidad y las penas del infierno. Celebran sus asambleas al aire libre y en ellas puede tomar la palabra el que quiera. Se valen de mujeres llamadas *predicadoras viajeras* para difundir y extender las doctrinas de la secta.

CUÁKEROS Ó TEMBLADORES Y SHAKERS Ó CONVULSIONARIOS.

Los primeros tuvieron principio en Inglaterra, en tiempo de Cromwell, haciéndose notables por sus extravagancias. Jhon Lilburne y James Nayler, sus primitivos apóstoles, se presentaron desnudos á predicar sus doctrinas, en el mercado de Bristol. Jorge Fox, á quien se atribuye la fundacion de esta secta, no hizo más que organizarla. El nombre de *cuákeros* ó tembladores, que ha prevalecido sobre el de «Amigos» que ellos se dan, viene de las extrañas contorsiones y agitados movimientos á que se entregan en el ejercicio de sus prácticas religiosas.

En 1656 se embarcaron algunos para América, pero era tan grande y á la vez tan mala la reputacion de que gozaban por sus excentricidades y extravagancias, que no bien tomaron tierra, fueron reducidos á durísima prision, y despues devueltos á la metrópoli. Al modo que las demás sectas nacidas en el siglo [XVII, y áun en mayor grado que ellas, conceden una grande importancia á las mujeres, en cuanto á la predicacion religiosa atañe: mujeres fueron las directoras de las primeras emigraciones de cuákeros.

Léjos de desanimarse por la mala acogida que tuvieron al principio en América, continuaron llegando nuevos emigrados, y aunque las persecuciones arreciaron hasta el punto de que Carlos II tuvo que expedir un decreto para poner coto al rigor de ellas, los cuákeros consiguieron al fin su propósito de arraigarse en el Nuevo Mundo.

El ilustre Guillermo Penn, que se instaló en Pensylvania, reformó la secta y la convirtió en lo que es actualmente; es decir, en una sociedad compuesta, con ligeras excepciones, de hombres respetables, estimados y llenos de virtudes.

Los cuákeros no admiten ritos, ni sacerdocio, ni sacramentos, y por consiguiente, ni bautismo, ni eucaristía: rechazan tambien la predestinacion, los argumentos de autoridad en la polémica dogmática, el juramento, la guerra y los sacerdotes pensionados. Como signo exterior y visible, para distinguirse de los que profesan otras opiniones religiosas, usan trajes especiales y sencillos y un sombrero de forma particular.

Son señalados por la buena fé que preside generalmente en todos sus negocios, por su espíritu de economía y por su amor al trabajo; éste, segun ellos, debe ser continuo é incesante, de modo que no se pierda nada de tiempo mientras duran las fuerzas; no atropellado y febril. Hay entre los cuákeros muchos que poseen grandes riquezas, con las cuales acuden generosamente, siempre que la ocasion lo exige, al remedio de las necesidades públicas y particulares. En su vida doméstica observan una conducta tan metódica y tan austera, que ya toca en monótona. Afectan una gran sencillez en la composicion y forma de su traje. Tratan á todo el mundo de igual á igual.

Ya hemos dicho que no tienen clero asoldado. Sus cultos los celebran en las llamadas *casas de reunion* (meeting-houses). Como creen que todo deben esperarlo de la divina gracia y de la inspiracion del momento, cuando se reunen en dichas casas, el primero de ellos á quien se le ocurre, toma la palabra y poco á poco con el ejercicio de ella se va enardeciendo; habla de cada vez más apresuradamente, acompañando lo que dice con muchos gestos y movimientos, hasta que á lo último cae rendido de fatiga: entónces le reemplaza otro, y á éste otro, á quienes sucede lo mismo: acontece tambien que ántes de que uno de los oradores acabe sea interrumpido por un oyente cualquiera, para exponer una leccion de moral.

La primitiva sencillez de los cuákeros ha sufrido un golpe terrible á impulsos del elemento jóven de la secta, no bien avenido con tanta rigidez de costumbres. Las mujeres siguen en mucha parte las modas europeas, y lo mismo algunos hombres. De esta tendencia ha nacido la distincion entre *cuákeros secos* (dryquakers) ó antiguos y los húmedos (wet quakers) ó modernos; tambien hay los que se llaman «combatientes» (figtting quakers) que no repugnan el ejercicio de las armas y el de los cargos públicos. En cuanto al dogma, existen los disidentes llamados «kicsitas» ó amigos del unitarismo.

Los *convulsionarios* (shakers) son como los monges de la secta y viven en comunidad dentro de *falansterios*. El templo está situado en el punto más culminante de la colonia. Los hombres entran por un lado y las mujeres por otro. Las ceremonias empiezan por el canto de los salmos llevado sin gusto, sin afinacion y con efectos sobremanera discordantes. Concluida esta parte del oficio, y á una señal del jefe decano, son retirados los bancos junto á las paredes del templo: los hombres se colocan á un lado, las mujeres á otro, y prévia otra señal, ambos grupos dan principio á una especie de baile compuesto de vueltas y saltos violentísimos, hasta que los devotos no puedan más. Despues toman descanso oyendo una leccion de moral, y oida ésta, comienza de nuevo el baile con más frenesí que la primera vez.

Los *convulsionarios* son comunistas y observan el celibato, aunque los dos sexos viven reunidos, si bien con la debida separacion, dentro del falansterio. Sus colonias, tanto en la parte agrícola como en la industrial, en la de ornato y de buena policia, constituyen un verdadero modelo. Son trabajadores muy hábiles y entendidos y reportan considerables ganancias. Como que observan el celibato, la secta no se sostiene más que por medio del proselitismo, y aunque muchos de los que á ella se adhieren lo hacen únicamente por mejorar de posicion, no deja sin embargo de vivir una vida próspera.

LUIS BARTHE.

(*Se concluirá.*)





EL PRIVILEGIO DE LA UNION.

CRÓNICAS ARAGONESAS.

REINADO DE DON PEDRO IV.

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO Á VECES HACE UN HOMBRE SU JORNADA ÁNTES
DE LLEGAR AL FIN DE ELLA.

I.



IA la tarde.

Una cerrazon densa, que no dejaba ver los objetos á alguna distancia, anticipaba el crepúsculo.

Una llovizna helada blanqueaba los peñascales erizados de malezas entre los cuales se torcia un áspero y estrecho camino.

En el momento en que abrimos la escena para la representacion de nuestro drama, aparecieron á través de la niebla, como brotando de ella, dos bultos vagos é informes, que descendian lentamente apoyado el uno en el otro.

Al fin se determinaron sus formas: eran un anciano y un jóven: el viento, que zumbaba con fuerza, agitaba el balandran del primero y los cabellos rubios del segundo, largos como los de una mujer.

Eran, á no dudar, dos caminantes pobres que no habian podido procurarse ni la más humilde cabalgadura.

Pertenecian á la *mala sangre*, es decir, eran judíos, á juzgar por las peregrinas que llevaban sobre los hombros y les llegaban hasta la mitad del pecho y la espalda, de color amarillo, que se les obligaba á usar para diferenciarlos de los cristianos; llevaban, además, el viejo, ya lo hemos dicho, un balandran pardo con capuz del mismo color, y el jóven una túnica estrecha que le llegaba hasta las rodillas, capuz azul oscuro como la túnica, calzas gruesas pardas y abarcas: pendiente de un ancho talabarte de cuero crudo llevaba una espada corta y ancha, á manera de machete, y á la espalda un zurrón ó mochila que abultaba muy poco. El viejo llevaba tambien calzas pardas y abarcas, se apoyaba con la mano derecha en un largo baston ferrado, y se asia con su brazo izquierdo al derecho del mancebo.

Los dos daban muestras de una gran fatiga, y en sus semblantes se revelaba su ansiedad por llegar ántes de que cerrase la noche á un lugar donde la pudiesen pasar á cubierto.

II.

De improviso el viejo se detuvo, vaciló, y, á pesar del apoyo que le prestaba el brazo del mancebo, se dobló y se sentó sobre una de las peñas de que estaba erizado el camino.

En aquel momento se oyó el sonido vago y lejano de una campana.

—¡Muy léjos todavía, muy léjos!—exclamó con desaliento el anciano;—no podriamos llegar á la hora de la queda ni aún caminando á buen paso.

—¡Ah! ¡no!—contestó con voz sonora el jóven:—la niebla

apaga los sonidos, y además el viento corre hácia el castillo, que con esas tres campanadas anuncia á sus moradores que están fuera que se va á levantar el puente.

—Sí, ya lo sé,—dijo el anciano;—ese es el uso en todos los homenajes y casas fuertes de esta tierra de Aragon: así es que, aunque pudiéramos llegar pronto, no bajarían el puente para nosotros.

—¡Valor, un esfuerzo y llegamos ántes de que cierre la noche! Estamos más cerca de lo que creéis: ¿no oís ese zumbido insistente que viene de allá abajo? Es la voz del Ebro engrosado por las lluvias: cerca de la márgen está el castillo de Luesia.

—¡En vano! ¡en vano!—exclamó el viejo—¡no puedo más! Tal vez el poderoso Jehovah ha decretado que yo no llegue al fin de mi camino: ¡ah! ¡los infames malhechores que nos despojaron, que nos redujeron á la mendicidad! ¡Y hay que dar gracias al Altísimo de que no nos mataron, como á nuestros guardas, y de que no conocieron tu disfraz!

La voz del anciano era de momento en momento más apagada, más débil.

—Si ha llegado mi hora—añadió el viejo—busca los papeles que llevo en mi seno, y que el Señor te ampare.

—¡Oh, qué pensamientos tan lúgubres!—exclamó el manco—Dios no ha podido querer fuéiseis á sacarme de los muros de la Alhambra, pagando al rey moro lo que os pidió por mi rescate, para que no pudiéiseis llegar al fin de vuestro camino; pero estamos perdiendo el tiempo: esta lluvia helada que penetra nuestra ropa nos hiela; este viento se hace insoporable; ya que os sentís sin fuerzas para llegar al castillo, animaos, apoyaos en mi brazo: cerca de aquí hay una cueva, lo recuerdo bien; sí, á la derecha: amparémonos de ella; la noche cierra y amenaza ser tenebrosa; un esfuerzo, mi buen Jonatham.

III.

El viejo, ayudado por el jóven, se levantó con gran pena; se pusieron de nuevo en marcha saliendo del camino por la

derecha; el temporal arreciaba; la llovizna de nieve se iba aumentando y convirtiéndose en gruesos copos; el viento acrecia su furor y producía ruidos sonoros y extraños en los peñascales; la penumbra del crepúsculo se condensaba; el mugido de la corriente del Ebro, que resonaba á lo léjos, enriqueciendo la voz terrible de la tempestad, causaba pavor.

La marcha era muy lenta á causa del abatimiento del viejo, y la hacia más difícil lo pendiente y lo erizado de peñas y maleza del terreno: al fin llegaron á un negro boquero, á la cueva; al entrar en ella el viejo se desplomó y ni aún pudo mantenerse sentado; cayó por tierra.

—¡La hora suprema!—dijo con voz débil.

—¡Ah, no!—exclamó el jóven:—el cansancio y el frio: yo os reanimaré.

Y tirando de su machete hizo leña de los brezos y los espinos que orlaban la entrada de la cueva; luego se quitó de la espalda el zurrón, le abrió, sacó de él yesca, eslabon y pedernal, y á poco, valiéndose de la hojarasca seca, y soplando con vigor, puso fuego al monton de leña que habia hecho.

El viejo Jonatham, entre tanto, rezaba tendido por tierra.

El jóven, haciendo un esfuerzo, le arrastró junto á la hoguera y procuró incorporarle; pero en vano: los ojos del viejo estaban ya vidriosos, su alentar se apagaba; dentro de su pecho resonaba un fatigoso hervidero.

Volvió con ánsia sus vagos ojos hácia el jóven, y luego aquella última mirada se fijó, permaneció inmóvil é impura dejando ver una expresion de desesperacion.

El jóven, que le contemplaba con ansiedad, pálido y aterrado, dejó de sostener su cabeza; el cadáver quedó extendido y rígido: el mancebo le cerró piadosamente los ojos, le dió el ósculo de paz en la frente como si hubiera sido su hijo, y luego se arrodilló y oró: las lágrimas surcaban su semblante y en sus lucientes ojos azules, levantados al cielo con una expresion de súplica llena de fé y de esperanza, habia algo indefinible, misterioso: algo supremo, algo celestial.

CAPÍTULO II.

EN QUE SE VE QUE PUEDE VENIR EN LAS SITUACIONES MÁS TRISTES UNA GRANDE ALEGRÍA INESPERADA.

I.

Era muy hermoso, con una de esas hermosuras en que, además de la belleza pura y sublime de la estatuaria clásica, se siente la magia, la atracción de un espíritu en que se revela una idealidad poética, una como trasfiguración de lo humano en lo divino: una hermosura que no revelaba sexo, como la de los ángeles; tez suave, densa, trasparente, nacarada, de una blancura nítida; frente serena, dulce, que parecía transparentar la nobleza, la pureza, la fé y la poesía del pensamiento; ojos grandes, rasgados, bellísimos, lucientes, puros, azules como el cielo de una noche de luna llena en el Mediodía de España; nariz recta, pero graciosa por la pureza de su forma; boca pequeña, de labios frescos y húmedos, de los que fluía una voluptuosidad casta; oval la línea de este semblante hechicero, y distincion, más aún; magestad en la manera de alzarse aquella incomparable cabeza sobre unos curvos y amplios hombros; estatura mediana; talle esbelto, continente gallardo, y se nos olvidaba decirlo, aunque anteriormente lo hemos indicado, finísimas y espesas hebras de oro los largos cabellos que, escapados del capuz, caían sobre los hombros y sobre la espalda de aquella criatura de tal manera singular por su belleza.

II.

Tanta hermosura parecía denunciar á una mujer. Sin embargo, habia una tal fuerza, una tal virilidad en sus ojos

cuando miraban graves y fijos, que no podía dudarse de que era un mancebo alentado, á juzgar por las apariencias.

En los momentos en que oraba con las manos cruzadas, y la mirada llena de fé alzada al cielo junto al cadáver del judío, no parecía ni mujer ni hombre; lo repetimos, más que á nada se parecía á un ángel, tal cual podemos los mortales suponer á los ángeles.

Peró nuestros lectores adivinan; ven, más bien, que era una mujer.

Dejemos correr los sucesos: ellos nos dirán quién era, y por qué la hemos encontrado en Aragon, cerca del Ebro y no léjos de Zaragoza, acompañada de un viejo judío moribundo, y pareciendo ella tambien por su disfraz judía.

III.

Una piedad y una comiseracion profunda la embellecian de una manera incalculable. Su oracion fué breve: un sólo pensamiento inspirado por la fé, basta para que llegue á Dios la súplica de su criatura.

Brianda (anticipamos su nombre para hacer más fácil nuestro relato) se alzó, se enjugó las lágrimas, y se fué á la boca de la cueva: imposible continuar el camino hasta el castillo de Luesia; la noche lóbrega, la nieve espesa, el viento desencadenado, el frio insoportable: en la cueva se estaba al abrigo de la tempestad; el fuego vencía al frio, las malezas de la boca de la cueva prometían alimento para la hoguera: aquélla no era una guarida de lobos, ni se podía suponer que con una tal noche de tormenta sobrevinieran malhechores; se podía esperar sin temor al dia; sólo había de espantable la soledad al lado de un muerto; pero Brianda era valiente: la paz de su semblante, la serenidad de su mirada, lo demostraban; por lo demás, Jonatham podía inspirarla comiseracion, pero no dolor; hacia poco tiempo que le conocía.

Ella estaba un mes ántes en el harem del rey de Granada. No era, apresurémonos á decirlo, una esclava, una concu-

bina; era una doncella cristiana cautiva, una noble aragonesa, á la que el respetuoso amor del emir habia dado un puesto honroso entre las sultanas sus hijas.

Pero aún no es tiempo de que nos ocupemos de la anterior historia de Brianda: esto perjudicaria al interés y á la claridad de nuestro relato.

IV.

Despues de su breve oracion por el muerto, Brianda se inclinó sobre él: abrió su balandran y su túnica interior, buscó y halló un rollo de papeles. Los bandoleros que los habian robado, matando á los hombres que los escoltaban, se habian contentado con llevarse el dinero y las cabalgaduras: aquellos papeles no les servian para nada.

Iba á desarrollarlos Brianda para conocer su contenido; cuando una voz jóven, pero varonil, dijo con acento sonoro á la entrada de la cueva:

—¡La alabanza á Dios!

Estas palabras, cuya fórmula era perfectamente alcoránica, habian sido pronunciadas en el idioma de Castilla y Aragon; por su acentuacion hubiera podido decirse que quien las habia pronunciado era aragonés.

V.

Volvió la cabeza sobresaltada Brianda y vió que entraba en la cueva un caballero armado de todas armas. Crugian á su paso las piezas de su arnés, que tenía todo el estilo, toda la gracia del gusto árabe, junto á una gran riqueza, por sus repujados y sus incrustaciones de oro: nada tan elegante y tan ligero, ni al mismo tiempo tan fuerte; se acusaba en aquellas armas el temple damasquino; traia abierta la visera y un amplio manto rojo le caia desde los hombros, sujeto por un rico herrete de oro, hasta más abajo de las rodillas.

Al apercibirse del cadáver, al ver á Brianda, el caballero se detuvo como sobrecogido por la sorpresa: en cuanto á Brianda, al ver su semblante, que iluminaba fuertemente la luz de la hoguera, lanzó un grito de alegría y de sorpresa.

—¡Oh, bendito sea Dios que me ha oído!—exclamó juntando las manos y mirando con una ansiedad y una ternura infinitas al recién llegado:—¿sois vos don Jaime? ¡Sí! ¡sí! ¡sois vos! ¡ya no estoy sola! ¡ya tengo quien me proteja!

—¡Brianda!—exclamó don Jaime alentando apenas:—¡vos aquí en esta soledad, en una tal noche, al lado de un cadáver, disfrazada de hombre y con la marca infame de los judíos!

—Mis peregrinas desventuras, don Jaime,—respondió Brianda:—¿y vos por qué os disfrazais también? ¿Por qué, aunque hablando la lengua aragonesa, saludais como un musulmán?

—Porque soy un conjurado, uno de los de la liga de la Union, y los conjurados deben encubrirse, sobre todo cuando se conjuran contra un tal rey como don Pedro... el Ceremonioso... el maldito, diría yo. Pero contadme vuestras aventuras, Brianda mia, contádmelas, estoy ansioso: mirad, me late el corazón como si se me quisiera salir del pecho: ¡soy tan feliz, que la felicidad me atormenta! ¡Al fin libre! ¡Oh! ¡Decidme, decidme!

—No, no, ántes vos: ¿qué importo yo? Me espanta veros en Aragon, porque supongo que el rey don Pedro no os ha vuelto á su gracia; ¿de dónde venís?

—De Granada, despues de haber estado en Castilla.

—¿Y qué habeis hecho en Castilla?

—He recibido órdenes del otro don Alfonso. De Castilla he ido á Granada á decir al rey moro de parte del de Castilla, que puede contar con toda su ayuda si mueve guerra al rey de Aragon por la parte de Valencia; y ahora vengo de Granada con cartas de su rey y del rey de Castilla para los de la liga de la Union.

—Mucho será que estas conspiraciones no traigan algo terrible—dijo Brianda.

—¿Por qué entretenernos en hablar de las cosas de la re-

pública, que allá irán donde puedan ir, cuando tanto tenemos que hablar de nuestras propias cosas, señora mía? ¡Oh, y cuán hermosa estais! ¡Más hermosa que como yo os veo continuamente en mis sueños desesperados!

VI.

Los ojos de Brianda abarcaban con una mirada infinita á don Jaime: revelaban un universo de enamoramiento, de abdicacion de la voluntad, de ternura, de ansiedad, de felicidad.

—¡Oh! ¡Esto parece un sueño! ¡Yo no podia esperar tanta alegría y tanto afan!—exclamó Brianda.

—Pero no podemos permanecer aquí—dijo don Jaime: ese cadáver ensombreceria nuestras palabras de amor.

—Pero, ¿y á dónde ir? ¿No os ha hecho á vos tambien buscar abrigo en esta cueva la tempestad?

—¡Bendita mil veces la tempestad sea—dijo don Jaime—pues me ha traído á encontraros, cuando mi pensamiento, en el cual siempre estais presente, os suponía en las encantadas cámaras del alcázar de la Alhambra!

—¡Decretos de Dios!

—¡Bendito sea su santo nombre! Ya es para mí de buen agüero haberos encontrado ántes de llegar al castillo de Luesia

—¿Ibais vos al castillo de Luesia?

—Sí.

—Y yo tambien. Pero la muerte sorprendió al desdichado Jonatham en el camino: nos detuvimos aquí.

—Y yo ví fuego; supuse que aquí vivian algunos honrados campesinos y se me hacia insoportable el frio. Os he encontrado, y el hablaros, el veros, ha confortado mi alma y mi cuerpo. Partamos, Brianda, partamos. En el medio de la distancia de aquí al castillo hay una venta: allí podemos albergarnos hasta el dia.

—¿Y hemos de abandonar ese pobre cadáver?

—No: le llevaremos con nosotros. Mi esclavo Ben-Kabur le pondrá sobre su caballo y le sepultará junto á la venta.

—¡Oh! Pues bien, id, partamos—dijo Brianda.

Don Jaime se fué á la entrada de la cueva y llamó.

Inmediatamente apareció un negro atlético, armado con un arnés tambien de forma morisca.

—¡Mi caballo!—dijo don Jaime.

Partió Ben-Kabur, y á poco volvió trayendo un fuerte corcel encubertado de guerra.

Entretanto, don Jaime se habia quitado su manto y lo habia echado sobre los hombros de Brianda.

Luego montó á caballo y la levantó en sus brazos, y la puso sobre el arzon.

—Carga con ese muerto—dijo don Jaime á Ben-Kabur, ponle sobre tu caballo y síguenos.

A seguida don Jaime empezó á descender lentamente en demanda del camino, llevando en sus brazos á Brianda, que rodeaba con un brazo trémulo su cintura.

La hermosa jóven lloraba de placer y de felicidad.

La tempestad de nieve estaba en toda su fuerza, y sin embargo no se apercibian de ello los dos amantes.

Poco despues entraban en la venta de las Tres Cruces Rojas.

Don Jaime llevaba calada la visera: la peregrina amarilla que hubiera hecho pasar por un mancebo judío á Brianda estaba cubierta por el manto rojo de don Jaime.

Uno de los mejores aposentos de la venta albergó á los amantes.

VII.

—Hemos encontrado el cadáver de ese pobre judío en el camino—dijo al ventero don Jaime, que aún permanecia con la visera calada: decid cuánto quereis porque se le dé sepultura cerca de vuestra casa.

—Nada—dijo el ventero:—debemos ser caritativos con

nuestro prógimo, aunque sea de la *mala sangre*: le sepultaremos debajo del estercolero.

Y se fué sin pedir cuentas á don Jaime del muerto, ni de por qué no se dejaba ver el semblante. En aquellos tiempos era muy comun el que los caballeros hiciesen voto de no dejarse ver de nadie y de no desceñirse las armas ni para dormir.

A más de esto, los venteros deben ser complacientes, y el de las Tres Cruces Rojas conocia su obligación.

(Se continuará.)

